

su poder soberano, y nos da, arrebatando y sorprendiendo á los corazones, como una redacción de su reino universal.

Cuando Jesús vino al mundo, dice el Evangelio, unos pastores veían sobre una colina próxima á Bethleem al cuidado de unos rebaños. Son pobres, y el niño pobre los ha elegido para que sean sus primeros adoradores, y porque pertenecen á un pueblo habituado desde hace mucho tiempo á la visita de ángeles, les envía un mensajero celeste, cuya divina luz les envuelve y les llena de espanto: «No temáis, les dice el Ángel; vengo á anunciaros un gran motivo de gozo para vosotros y para todo vuestro pueblo. Un salvador os ha nacido hoy en la ciudad de David; es el Cristo Señor. Mirad la señal en que le conoceréis; hallaréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre; él es.» Y de repente, se une al ángel una legión de la celeste armada, que alaban al Señor, cantando: «Gloria á Dios en lo más alto de los cielos, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.»

Los ángeles se retiran, y los hombres de buena voluntad, en vez de dudar de la maravilla de que acaban de ser testigos, sorprendidos del extraño misterio que se les ha anunciado, se dejan llevar hacia el misterio por la maravilla.—Pasemos, dicen, hasta Bethleem, y veamos lo que pasa.—Llegan corriendo, hallan á María y José, y al niño en el pesebre, y reconocen la verdad de lo que se les ha anunciado. Su fe sencilla es recompensada por revelaciones que el Evangelio pasa en silencio, pero que se dejan adivinar, porque todo el mundo se admira de lo que cuentan los pastores; y María medita en silencio, en su corazón, el primer efecto de los encantos y de la omnipotencia de su divino hijo.

Los sencillos y los pobres son los llamados, pero el niño de Bethleem tiene ambiciones más reveladas, ocho días después de su nacimiento, recibe, á cambio de su primera sangre, el nombre de Jesús, que quiere decir Salvador, y afirma así los derechos que pretende hacer valer sobre el mundo entero. Los justos bien pronto reconocen estos derechos; no tienen necesidad de signos exteriores, habituados como están á obedecer con respetuoso temor los avisos del Espíritu Santo. Un instinto divino, una voz interior les conduce hacia el templo en el momento en que, según la ley, Jesús se ofrece al Señor en los brazos de su madre. El viejo Simeón reconoce en este niño obscuro al prometido de Dios; le toma en sus brazos, le oprime contra su corazón, y entona el cántico del antiguo Testamento que termina ya, para que principie el Nuevo: «Señor, vuelve en paz tu siervo, porque mis ojos han visto la salud que tú nos has preparado, la luz que va á alumbrar á las na-

ciones, y la gloria de Israel, tu pueblo.» Ana, la profetiza, se une á sus transportes, y vienen á servir de apóstol del Salvador.

Simeón acaba de pronunciar palabras proféticas en que resume el reinado de Cristo: «Este niño será la ruina y la resurrección de muchos; ha venido al mundo como un signo de contradicción.» Los sucesos siguen de cerca á la profecía. Herodes se turba, Jerusalén está inquieta, porque tres magos acompañados de rica caravana, llegan de Oriente conducidos por una estrella.—Son sabios; Dios ilumina su razón por cálculos astronómicos que les permite reconocer una constelación anunciada hacía mucho tiempo y esperada como el signo misterioso de la aparición de un nuevo rey.

Son poderosos; vienen á rendir homenaje al monarca que anuncian los cielos. «¿Dónde está el rey de los judíos que acaba de nacer, dicen, pues hemos visto su estrella en Oriente y venimos á adorarle? La sinagoga, iluminada por los profetas, les envía á Bethleem, y la estrella les indica la morada del que buscan. ¡Cruel desengaño! Creían entrar en un palacio; una humilde casa les abre sus puertas, y se encuentran ante el niño hijo de dos pobres. Pero sobre la inocente cara de este niño irradia la victoriosa hermosura de un Dios, y seduce sus corazones. Caen de rodillas ante él, y por los simbólicos presentes, el oro, el incienso y la mirra, adoran su divinidad, su reinado, su humanidad santa, y los precoces dolores que ha de sufrir por la salud del género humano.

Jesús niño prosterna, pues, ante su cuna á sabios y poderosos; al mismo tiempo tiembla el corazón de un rey celoso, que ya medita su muerte. Es necesario, para sustraerle de la matanza en que se cree envolverle, que José y María le lleven á Egipto, donde los dioses se desploman á su paso, y de donde no ha de volver hasta después de la muerte de Herodes.

Tales son los hechos evangélicos que se agrupan alrededor del nacimiento del Salvador. Después de mil novecientos años próximamente, aun los medita la piedad cristiana.

Ni los fautores de herejías, ni los organizadores de ruidosos aniversarios, han podido conseguir hasta ahora que el pueblo cristiano olvide la fecha del 25 de Diciembre, esa vuelta, digámoslo así, de la media noche de la Redención. La fiesta del Nacimiento, á pesar del enfriamiento de la piedad y del abandono cada vez más pronunciado de los usos cristianos, produce aún sin duda alguna en nuestro frío Occidente indecibles alegrías y santos regocijos; pero ¿qué será en Belén, en donde se halla, si así podemos expresarnos, la realidad de lo que en otras

partes se contempla en figura y en deseo? Aquí todo dice: «He aquí que vendrá el Señor y todos los ángeles con él, y en este día brillará una luz que hará palidecer la del mismo sol.» Digamos algo de dicha fiesta en Belén.

Los industriosos belemitas se abstienen del trabajo y otros negocios desde la víspera, y no piensan en otra cosa que en orar y regocijarse. Se sacan de los cofres los más ricos y brillantes trajes, se preparan para la media noche y el festín del día siguiente las pastas y el carnero tradicional; se prodigan las visitas, las felicitaciones y los regalos y presentes de amistad.

Hacia las dos de la tarde, una multitud de caballeros árabes parecidos á los heraldos de la Edad Media, vienen á apearse en la plaza; es la señal de la llegada del Patriarca latino. Al instante se cubren como por encanto los terrados de mujeres, atestándose al mismo tiempo las calles de hombres deseosos de reverenciar al venerable pontífice. Aparece al fin éste rodeado de su clero, y de todos los pechos sale al punto un inmenso *viva!* El cónsul francés, su canceller y su dragomán, montados en magníficos caballos, siguen inmediatamente al Patriarca, y llega, finalmente, la multitud de los peregrinos de las cuatro partes del mundo. El espectáculo es de los más animados y pintorescos. El Bajá acostumbra enviar un batallón más bien para dar realce á la fiesta que para mantener el orden público. Entre tanto las campanas no cesan un instante de tocar á vuelo, y es recibido el Patriarca solemnemente en el umbral de la Basilica, por el Padre Guardián. Después de haber bendecido al pueblo con el agua santa, entonan los cantores el *Te Deum*: entonces entra en la Basilica, y dirigiéndose inmediatamente á la iglesia de Santa Catalina, después de rezar las oraciones de costumbre, admite al clero y á los fieles al besamanos. En fin, revestido de los ornamentos pontificiales canta las primeras visperas. Después de terminadas se dirige al convento para tomar algún descanso. Entre tanto, los religiosos cantan completas, al fin de las cuales vuelve de nuevo el venerable Patriarca á su iglesia para asistir á la procesión que la Comunidad franciscana hace todas las tardes á los santuarios del Nacimiento, después de la cual se dirige al refectorio de los religiosos. Se sienta á la misma mesa que ellos y come de los mismos manjares. Esta sencillez paternal y esta paternal unión produce en los indígenas y peregrinos la impresión más agradable.

Por la tarde presenta el convento un aspecto indescriptible: semeja un gran parador en donde hubiera pasado una numerosa caravana. Salas de comer, claustros, vestíbulos, naves, todo está transformado en

dormitorios. Por todas partes véense numerosos grupos calentándose tranquilamente al rededor de algún hornillo.

En este vivac improvisado, unos hacen la cocina, otros fuman su *chibuqui* ó su cigarro; todos se acomodan fácilmente, porque el convento es por excelencia la casa de los pobres.

A media noche óyese el alegre repique que invita á los religiosos á maitines. Hay que darse prisa; la multitud pronto llena la iglesia, toda radiante de luz. Los betlemitas creerian cometer un pecado faltando á esta ceremonia. Sólo quedan en casa los moribundos ó los que están completamente imposibilitados; los niños de pecho son llevados en brazos de sus madres, que nada estiman tanto como ofrecérseles esta noche á la Virgen. Las mujeres, cubiertas con su largo velo blanco, con una gracia y nobleza incomparables, y llenas de orfebrería, ocupan la parte derecha del templo, pues la izquierda está reservada para los hombres. ¡Cuántos de entre ellos, árabes viejos de blanca barba, con su frente cubierta con el turbante y las espaldas con una capa de pelo de camello, hacen soñar en sus antepasados, en aquellos rústicos pastores que tuvieron la inefable dicha de oír los primeros el llamamiento del cielo! Y viéndolos precipitarse transportados de regocijo sobre el pesebre para llegar á besar la estrella de plata, dice uno: Los pastores de hoy preceden aún á los príncipes en la cuna de Cristo, y nuestro Dios continuó todavía naciendo para los pobres y los humildes.

Escúchase en un éxtasis de recogimiento las sublimidades del Oficio divino en esta santa noche. «Venid, pueblos, venid, ¡oh naciones! venid todos á presentar vuestros homenajes al Señor... Venid, saltemos de alegría, porque aquel que ha nacido en medio de nosotros, es un Dios grande sobre todos los dioses y sobre todos los reyes. La amplitud de la tierra la contiene en sus manos, y mira desde lo alto las montañas más elevadas. El mar le pertenece, porque lo ha hecho, y por su voluntad ha sido fundada la tierra. Venid, pues, adorémosle, prosternémonos delante de El, nosotros que somos criaturas suyas; derramemos lágrimas de reconocimiento y de ternura, porque El es el Señor nuestro Dios, y nosotros somos pueblo suyo y ovejas de su rebaño. Si oímos hoy su voz, no endurezcamos nuestros corazones como en el día de la tentación en el desierto, sino corramos hacia él y celebremos sus divinas alabanzas.»

A los Maitines sigue inmediatamente la misa pontifical: al Real Salmista sustituyeron los ángeles entonando el himno de gloria y anunciando la paz á los hombres de buena voluntad. Después se remontan por los aires una inmensa nube de incienso, se encienden innume-

rables cirios, hace oír el órgano sus más dulces armonías y se organiza una procesión en medio de himnos y cánticos piadosos para ir á realizar en el lugar del nacimiento la más tierna y patética ceremonia que se puede imaginar. Un pequeño pesebre se coloca con anticipación en el lugar mismo en donde estuvo el verdadero, y un Niño Jesús de fascinadora hermosura está ya expuesto en la iglesia superior: se le coloca en los brazos del Patriarca, que lo recibe como en otro tiempo el anciano Simeón, y el cortejo se pone en marcha. El clero va revestido de los más suntuosos ornamentos; casullas, capas, dalmáticas de tela de oro ricamente bordadas, brillando en todas las armas franciscanas; es un don reciente de la República francesa. Los religiosos, seguidos del cónsul de Francia vestido de gran uniforme y de todo el personal del consulado, avanzan en dos filas, atraviesan la iglesia y entran por una puerta lateral en el antiguo claustro de San Gerónimo.

Esta larga galería interior que permite á la procesión desenvolverse con un carácter verdaderamente imponente, va á terminar en la otra nave lateral de la iglesia de Santa Catalina, cerca de la puerta Joinville que da entrada al ábside que se halla en el Norte de la Basilica. Atraviesa la procesión este ábside, ocupado actualmente por los armenios, y descende con lentitud por la escalera de piedra que conduce al interior del augusto santuario. Allí cesan de repente los cánticos, los himnos y el sonido de los instrumentos. El venerable Patriarca, llevando el Niño Jesús, lo deposita en el sitio mismo en que hace diecinueve siglos lo había reclinado la Reina de los ángeles. Después, en medio de un silencio universal, canta un padre Franciscano el Evangelio de Navidad. ¿Y quién podría publicar mejor los abatimientos del Verbo que los hijos del Pobrecillo de Asis? En llegando á estas palabras: *Et peperit hic Filium suum primogenitum et panis eum involvit*. Se detiene el Patriarca, arrodillado delante del divino Infante, lo envuelve en delicadas mantillas de seda preparadas al efecto y va á reclinarlo en el pesebre mientras que el Religioso que hace de diácono continúa cantando. *Et reclinarit eum in hoc praesepe*.

Durante esta conmovedora ceremonia, la mayor parte de los asistentes lloran de compasión y de ternura. Cada uno se representa al Infante-Dios viniendo al mundo en lo más crudo del invierno, el día después de la más larga noche del año, llamando á la inclemencia de los cielos y á la indiferencia de los hombres para que le proporcionasen los atributos de la redención.

Terminado el Evangelio, cantan los Franciscanos el *Gloria* á dos coros, seguido del *Te-Deum*, después del cual se pone la procesión en

marcha y vuelve por el mismo camino que había venido, á la iglesia superior, en donde el Rmo. Patriarca, después del canto de los Laudes, celebra la segunda Misa y distribuye la sagrada Comunión á centenares de fieles.

Pásanse sin sentir cinco horas en la iglesia, por cuya causa es muy legítimo el reposo; ¿pero quién puede tomarlo en esta noche extraordinaria y por tantos títulos afortunada?

«Por la mañana siguiente, escribe Mad. Sodar de Voules, á los primeros resplandores del alba, nos hallábamos sin fatiga ninguna en la gruta del Nacimiento, impregnada toda de las aromas del incienso, resplandeciente de luz y llena completamente de indígenas arrodillados y acurrucados hasta sobre las gradas del altar. Reinaba en este lugar bendito tal atmósfera de santidad, que se hubiera dicho que brillaba allí el paraíso con su gloria, sus legiones de ángeles y sus bienaventurados. Se había estado celebrando el Santo Sacrificio en la Sagrada gruta, hora en que nuestros religiosos tienen que ceder el sitio á los griegos cismáticos. Después que éstos hubieron terminado, volvieron á ocupar de nuevo los Franciscanos el Santuario, en virtud de un reglamento establecido, y estuvieron en posesión de él hasta la noche. La última Misa se ha dicho este año al ponerse el sol. La iglesia concede este privilegio único á los Lugares Santos de Belén y sólo para las fiestas de Navidad y Epifanía.

»El patriarca cantó la Misa pontifical á las diez de la mañana, en medio de estos betlemitas tan buenos, tan piadosos, tan recogidos. La suntuosidad de las vestiduras sacerdotales, el brillo de los uniformes, la riqueza de los trajes, daban á la grande nave el hermoso aspecto de un jardín de flores ó de un mosaico bizantino.

»Después de dar gracias y antes de partir para la montaña en donde su predecesor edificó el Seminario diocesano, el señor Patriarca fué de nuevo á sentarse en la mesa de los Franciscanos.

»En el refectorio, en donde tomamos nosotros asiento, los peregrinos eran numerosos. La alegría se desbordaba en todos, y se hubiera dicho que eran individuos de una misma familia. La comida se prolongó bastante, tanto á causa de la multitud de platos, como por la llegada incesante de nuevos huéspedes. Jamás olvidaremos ni el regocijo de este convite, ni el cuidado y diligencia de los buenos religiosos que nos servían.»

Los padres tienen la costumbre de ir á descansar de las fatigas de la noche del Nacimiento en la gruta de la Leche.

A pocos pasos del atrio de la Basilica del Nacimiento encuéntrase á